

prisioneros, y se volvió victorioso á su córte de Leon⁽¹⁾. Esta fué su última campaña. Habiendo en el otoño del mismo año hecho un viage de Leon á Oviedo, regresó atacado de una grave enfermedad, de la cual sucumbió el 5 de enero de 950, víspera de la Epifanía, despues de haber recibido la confesion y el hábito penitencial ante la presencia de varios obispos y abades y hecho cesion de la corona en su hijo Ordoño, tercero de este nombre, casado con la hija del conde Fernan Gonzalez. Enterróse en el monasterio de San Salvador de Leon, fundado por él para su hija Elvira; que en los pocos períodos de paz que en un reinado de cerca de veinte años disfrutó Ramiro II. hizo lo que acostumbraban á hacer los monarcas de aquel tiempo, fundar y dotar monasterios y dedicarse á arreglar las cosas de la Iglesia⁽²⁾.

(1) Samp. Chron. n. 24.—Los árabes lo cuentan de otro modo, y se atribuyen la victoria como de costumbre.

(2) Disputase mucho todavía sobre si Ramiro II. tuvo una sola, ó dos ó mas mugeres. Sampiro dice expresamente que casó con *Teresa Florentina*, hija de Sancho Abarca de Navarra. Morales menciona escrituras en que aparece el nombre de *Urraca*, Sandoval cita otras en que se nombra á *Jimena*. El maestro Florez en sus *Reinas Católicas* intenta resolver la cuestion del modo que generalmente acostumbra, esforzándose en probar que fué una sola con los nombres de *Urraca* *Teresa*. Con frecuencia vemos suscitarse estas dudas so-

bre el número y nombres de las mugeres de los reyes de Asturias, Leon y Castilla, bien nazca de qué en aquellos tiempos pusieran á las reinas varios nombres, bien de los muchos yerros que en punto á nombres propios cometian los copiantes de manuscritos, bien de que se confundieran los de las mugeres legítimas con los de las *amigas* de los reyes (que así las llama por decoro el erudito Florez), ó bien de que no se diera á la averiguacion de este asunto la mayor importancia, hasta que el mencionado Florez dedicó á este exclusivo objeto su utilísima obra de las *Reinas Católicas*, que por lo común nos sirve de guia sobre esto particular en nuestra historia.

CAPITULO XV.

ABDERRAHMAN III. EN CÓRDOBA:

DESDE ORDOÑO III. HASTA SANCHO I. EN LEON.

De 950 á 964.

Grandeza y esplendidez de la córte de Abderrahman III.—Descripcion del maravilloso palacio de Zahara.—Embajada del emperador griego Constantino Porphirogeneta.—Otras embajadas de príncipes extranjeros al soberano de Córdoba.—Grave disgusto de familia. Suplicio de su hijo Abdallah.—Muerte de Almudhaffar.—Ordoño III. de Leon.—Conspiran contra él su hermano Sancho y el conde Fernan Gonzalez. Frustra su empresa, y repudia á su muger Urraca.—Muerte de Ordoño III. y elevacion de Sancho el Gordo.—Sancho es destronado.—Refúgiase á Pamplona.—Pasa á Córdoba á curarse de su extremada obesidad.—Su amistad con Abderrahman.—Repónele el califa en el trono de Leon.—Fuga y desgraciado término de Ordoño el Malo.—Guerras y engrandecimiento de Abderrahman en Africa.—Conquista de Tunez.—Riquísimo y espléndido regalo de Ahmed.—Célebre embajada.—Othon el grande de Alemania.—El monge Juan de Gorza.—Sobre el martirio de San Pelayo.—Ultimos momentos de Abderrahman III.—Su córte. Ciencias, letras, artes. Poetisas de su alcázar.—Dicho célebre de Abderrahman III.

A cinco millas rio abajo de Córdoba habia un ameno y apacible sitio, donde Abderrahman, convidado por su frescura y frondosidad, solia pasar las temporadas de primavera y otoño. Allí hizo construir

edificios magníficos y bellos jardines, pasión predilecta de los árabes. En medio levantó un soberbio alcázar, que se propuso decorar y enriquecer con todo lo mas suntuoso y que mas pudiera halagar los caprichos de la imaginacion humana. Tan galante como espléndido el califa, dedicóle á su esclava favorita, la mas hermosa y linda de su harém, llamada *Zahara*, que significa *Flor*, y de cuyo nombre llamó á la nueva ciudad Medina *Zahara*, ciudad de las flores ⁽¹⁾.

Para la construccion de este palacio trabajaron, dicen sus historias, diez mil hombres, mil quinientos mulos y cuatrocientos camellos. Entraban cada día seis mil piedras labradas, sin contar las de mampostería. Hiciéronsele quince mil puertas, y sustentábanle cuatro mil trescientas columnas de mármoles preciosos. Empleábanse en su servicio interior trece mil setecientos cincuenta esclavos varones, y seis mil trescientas cuarenta mugeres. Los pavimentos y paredes eran tambien de mármol, los techos pintados de oro y azul, las vigas y artonados de cedro con relieves de un trabajo esquisito. En los salones habia elegantes fuentes que derramaban sus aguas en tazas y conchas de mármoles de colores. En la llamada del Califa habia una de jaspe con un cisne de oro de maravillosa labor, trabajado en Constantinopla, y sobre

(1) Otros escriben *Azzahra*.— del naranjo y del limonero, que Aun quedó entre nosotros el nombre de *azahar*, aplicado á la flor agradables.

la fuente del cisne pendia del techo una magnífica perla que habia regalado á Abderrahman el emperador griego Leon VI. Contiguo al alcázar estaba el generalife ⁽¹⁾, con multitud de árboles frutales, bosquecillos de laureles, arrayanes y mirtos, estanques y lagos en que se pintaban las frondosas copas de los árboles y las arreboladas nubes del cielo. En medio de los jardines, y sobre un cerro que los dominaba, se veia el pabellon del califa, sostenido por columnas de mármol blanco con capiteles dorados, en el cual descansaba cuando volvia de caza. Las puertas eran de ébano y marfil. Cuentan que en el centro de este pabellon habia una gran concha de pórfido con un surtidor de azogue vivo, que fluia y refluia como si fuese de agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un resplandor fantástico. Los baños de los jardines eran igualmente de mármol, hermosos y cómodos; las alcatifas, cortinas y velos tejidos de oro y seda, con figuras de flores y animales que parecian vivos y naturales á los que los miraban. En suma, dice el escritor árabe de quien tomamos esta descripcion, dentro y fuera del alcázar estaban como compendiadas todas la riquezas y delicias del mundo que puede gozar un príncipe poderoso. Con razon, pues, esclara-

(1) *Genat al Aryf*, jardin de recreo, sitio de placer. El que con este nombre se conserva todavia en Granada al oriente de la Alhambra puede dar idea del gusto de estos jardines, en que se mezclaba lo agreste con lo bello, y en que competian la naturaleza y el arte.

ma ensu estilo otro escritor arábigo ⁽¹⁾, «que solo el Dios del cielo podia llevar cuenta de los grandes tesoros que en esta posesion consumió el califa Abderrahman.»

Espléndido y fastuoso en todo, hizo construir en Medina Zahara una mezquita que en preciosidad y elegancia, ya que no en grandeza, aventajaba á la de Córdoba. Edificó tambien una *zeka* ó casa de moneda, y otros muchos edificios, y cuarteles para el alojamiento de su guardia, que se componia de doce mil hombres, cuatro mil slavos de á pie, cuatro mil africanos zenetas de caballería, y otros cuatro mil caballeros andaluces; los gefes y capitanes de esta guardia habian de ser ó de la propia familia real, ó jeques principales de Andalucía. En sus cacerías y expediciones, ademas de la guardia militar que le acompañaba llevaba siempre consigo un número de esclavos y esclavas, y hacia tambien que le acompañasen algunos vazzires, alcatibes, sábios, poetas y astrónomos, porque Abderrahman no daba un paso en que no desplegase una ostentacion y una pompa verdaderamente orientales. ¿Pero qué se hizo esa ciudad de delicias, ese depósito de todo lo mas magnífico y bello que la imaginacion de un árabe pudo inventar? ¿Qué fué de Medina Zahara? Ni un solo vestigio ha quedado de esta ciudad de maravillas; todo ha desaparecido, y tuviéramosla por una ciudad fantástica, y las des-

(1) Ahmed Almakari, Hist. de las Dinastías mahom. en España.

cripciones que de ella hacen sus historias se nos antojáran fabulosas, si no nos certificáran de su existencia las muchas monedas en ella acuñadas que se han conservado y aun subsisten. Edificóse Medina Zahara por los años 324 y 325 (936 y 937 de nuestra era).

Asi vivia el califa Abderrahman III. el tiempo que le dejaban libre las guerras de que en el capítulo anterior hemos hablado. La tregua celebrada en 944 con el rey Ramiro de Leon, le permitió poderse dedicar mas tranquilamente á los placeres del campo y al trato y comunicacion con los eruditos y sábios de su córte, que eran entonces muchos, y de los cuales andaba constantemente acompañado. La fama del esplendor y brillo de la córte de Córdoba y de las guerras de Abderrahman en Africa y España habia llegado á los reinos estrangeros y á los paises mas apartados. En 949 recibió el esclarecido príncipe Omniada una embajada del emperador griego Constantino Porphirogeneta, hijo de Leon VI., el que le habia regalado la famosa perla del alcázar de Zahara, solicitando la renovacion de las antiguas relaciones de amistad y alianza que habian existido entre sus mayores contra los califas de Bagdad. La carta del emperador venia escrita en pergamino con caracteres de oro y azul; esta carta contenia otra en fondo azul y letras de plata, en que se espresaban los regalos que ofrecian al Príncipe musulman los enviados del monarca bizantino. La primera estaba escrita de mano del mismo empe-

rador, de quien dicen que era un excelente calígrafo. Cerrábala un sello de oro, de peso de cuatro mitcales, en cuyo anverso se representaba el rostro de Cristo, y en el reverso los bustos de Constantino y de su hijo Romano. Esta carta iba dentro de una cajita de plata elegantemente cincelada, sobre la cual en un cuadro de oro se veía el retrato de Constantino pintado sobre el cristal. Otra segunda caja de forma de un carcaj, forrada de tela tejida de oro y plata, servía de cubierta á la primera. La carta comenzaba así: «Constantino y Romano, adoradores del Mesías, ambos emperadores y soberanos de Roma, al grande, al glorioso, al noble Abderrahman, Califa reinante de los árabes de España, prolongue Dios su vida, etc.»

El recibimiento no podía menos de corresponder, y aun era de esperar que escediese en magnificencia y brillo á la embajada. Desde que Abderrahman supo que venían los embajadores había enviado á la frontera á Yahia ben Mohammed con un escogido cortejo para recibirlos, y cuando se aproximaron á la corte, las mejores tropas con los gefes mas distinguidos salieron á darles escolta. Alojáronse en el palacio Meruan, y allí estuvieron sin comunicarse con nadie hasta el dia de la recepcion solemne, que fué el 11 de la luna de rabie primera (7 de setiembre de 949). Aquel dia las tropas de la guardia se pusieron de gran gala; el pórtico, vestíbulo y escalera del alcázar se adornaron con ricas colgaduras. El califa estaba sentado en

su trono con sus hijos á la derecha, sus tíos á la izquierda, y sus ministros á un lado y otro en el orden de su respectiva gerarquía; los hijos de los vazzires, con los funcionarios subalternos, vestidos con ricos trages, ocupaban el fondo del salon, cuando comparecieron los embajadores, é hicieron presentacion al califa de la carta de Constantino. Abderrahman para hacerles los honores mandó á los poetas y literatos de su corte que celebrasen la grandeza del islam y del califato, dando gracias á Dios por la proteccion manifiesta que habia dispensado á su santa religion humillando á sus enemigos. Cuentan con este motivo una curiosa anécdota, en que no sabemos si habrá tenido alguna parte la imaginacion hiperbólica de los escritores orientales.

Dicen que turbados oradores y poetas con el brillo y magestad que presentaba aquella asamblea, bajaron los ojos y apenas pudieron tartamudear las primeras frases de sus discursos. Mohammed ben Abdilbar, encargado por Albakem, hijo mayor del califa, de pronunciar una oracion, al tiempo de comenzar á hablar se sintió indispuerto y no pudo proseguir. Hallábase de huésped del califa un afamado sabio y poeta, llamado Abu Ali al Kaly, el cual fué con este motivo invitado á hablar; pero ni él ni nadie pudieron pronunciar sino algunas palabras. Presentóse entonces un jóven, á quien nadie tenia por poeta, y sin haberse preparado pronunció un largo discurso, que mas

bien, dicen, fué un largo poema, con tal facilidad, elegancia y fecundia, que dejó atónita la asamblea, y aquel hombre hasta entonces ignorado y oscuro fué mirado ya como un genio superior. Llamábase Almondhir ben Said, y tan satisfecho quedó el califa de las disposiciones de aquel jóven, que le confirió de pronto una de las primeras dignidades de la mezquita de Zahara, y despues le hizo Cadí de los cadíes de la grande aljama de Córdoba, en cuyo empleo murió con gran reputacion de predicador, poeta y escritor moralista.

Los embajadores despues de haber visitado y admirado las maravillas de Córdoba despidiéronse del califa, el cual dispuso que los acompañara uno de sus vazzires hasta Constantinopla, con encargo de saludar al emperador, de llevarle algunos presentes, que consistieron en hermosos caballos andaluces, con jaeces y armas, y de mantener allí y estrechar los lazos de amistad que ya unian á los dos príncipes.

Habíase estendido la fama de Abderrahman y de su grandeza por toda Europa, y embajadores de otros monarcas extrangeros vinieron entonces á la capital de los musulmanes de Occidente. Cuéntanse entre ellos los del rey de los Esclavones, los de Hugo, rey de Italia y de Provenza, y los de la reina viuda de Cárlos el Simple, y madre de Luis de Ultramar, á quienes acompañaron enviados de Suniario conde de Barcelona, los cuales todos volvieron maravillados de la esplendidez de la córte del califa. Hallábase, pues,

Abderrahman III. en el apogeo de su poder y de su gloria, cuando vino á acibarar sus satisfacciones un suceso de familia de que ahora daremos cuenta, no por serlo de familia, sino por el influjo que tuvo en la suerte del estado.

Tenia Abderrahman dos hijos, Alhakem y Abdallah, ambos de brillantes prendas, de talento distinguido, y celebrados ambos por su vasta erudicion. Abdallah era poeta, astrónomo, filósofo y jurisperito, y habia escrito una historia de los Abassidas. Gozaba de gran popularidad; pero Abderrahman amaba con predileccion á Alhakem; hábale educado con esmero, y proporcionádole los maestros y profesores de mas reputacion y saber: entre otros habia hecho venir á costa de oro al que en Oriente tenia mas celebridad por su ciencia y erudicion, y este era el que instruía y acompañaba constantemente al príncipe, con el cual vivia en el palacio de Zahara: llamábase Abu Ali al Kaly, y era el mismo á quien hemos nombrado en la solemne recepcion de la embajada de Constantinopla. Digno Alhakem por su instruccion, por su bondad, y hasta por su carácter amable de ocupar el trono de los Ommiadas, habia sido declarado por su padre walí alahdí, ó príncipe heredero, ante el cuerpo reunido de los walíes, vazzires, alcatibes y demas altos funcionarios del estado, segun costumbre.

Pero Abdallah tenia á su lado un consejero ambicioso, Ahmed ben Mohammed conocido por Ben Ab-

dilbar, á quien tambien hemos nombrado en la audiencia de los embajadores griegos, que queriendo explotar para sí la popularidad de Abdallah, comenzó por adularle diciendo que todo el pueblo estaba resentido de la preferencia que su padre habia dado á su hermano; que conocia la superioridad de las prendas y de los merecimientos de Abdallah, y que por lo tanto estaba muy dispuesto á hacer una aclamacion popular en su favor, y á obligar al califa á revocar la declaracion hecha, para lo cual solo se necesitaba que diese su consentimiento: que en esto su padre no haria sino seguir el noble ejemplo del primer Abderrahman, el fundador de la dinastía de los Omeyas, que no habia vacilado en dar la preferencia á su hijo Hixem sobre sus dos hermanos mayores Suleiman y Abdallah atendiendo á la superioridad de sus talentos, que era el mismo caso en que él se hallaba con Alhakem su hermano. En fin tales razones le dijo el ambicioso consejero, y tan fácil y segura le representó la empresa, que el buen Abdallah, no exento de la flaqueza comun á todos los hombres, y mas comun á los príncipes, de creer todo lo que les lisonjea, dejóse deslumbrar hasta el punto, no solo ya de acceder á que hiciese el pueblo la demostracion ofrecida, sino á fomentarla por su parte hablando al efecto y tratando de ganar á los wálies y caudillos y á los hombres de mas valer. Asi fascina y pierde muchas veces á los mejores y mas virtuosos príncipes la li-

sonja y la instigacion de un consejero interesado y ambicioso. Eralo en gran manera Abdilbar bajo un exterior modesto y humilde; pero menos prudente y cauto que intrigante, confió el secreto de la conjuracion á uno con quien equivocadamente se atrevió á contar, y este lo denunció todo al califa, designando el dia en que estaba dispuesta y acordada la revolucion, que era el de la pascua de las Víctimas, una de las cuatro pascuas que celebraban los musulmanes de España.

Consultó el califa sobre tan grave negocio con su tio Almudhaffar, y para averiguar la verdad que pudiera haber en la delacion acordaron despachar uno de los vazzires de palacio con la mision de sorprender á media noche el de Merúan en que habitaba Abdallah. Hizolo asi el vazzir, y habiendo hallado al príncipe acompañado de Abdilbar y de otro caballero conocido con el nombre del Señor de la Rosa (Sahed al Ward), los prendió á todos tres por sospechosos y los condujo al palacio de Medina Zahara, donde fueron encerrados separadamente y sin comunicacion. Cuando Abdallah fué presentado á su padre, le preguntó este: «¿Te tienes por ofendido por qué no reinas?» Abdallah dió solo lágrimas por respuesta. Interrogado despues por dos vazzires del consejo de Estado declaró cuanto habia, por instigacion de quién obraba, y que todo era obra de las sugerencias de Abdilbar, que aspiraba á ser cadí de los cadíes de todas las mezqui-

tas de España, pero que el Señor de la Rosa era inocente y no tenía complicidad alguna en la conspiración. Ni la franqueza, ni el arrepentimiento, ni el llanto le sirvieron al infeliz Abdallah; Abderrahman obró menos como padre que como inexorable juez, y el ilustrado príncipe fué sentenciado á muerte el día de la pascua de las Víctimas, el señalado para estallar la conspiración. El pérfido Abdilbar se suicidó en la cárcel la noche de la víspera en que había de ser ejecutado (1).

Dícese que Alhakem pidió á su padre el perdón de su hermano, y que Abderrahman le respondió: «Bien están de tu parte la intercesión y los ruegos, y si yo fuese un hombre privado y pudiera escuchar solo los impulsos y sentimientos del corazón, desde luego accedería á tus súplicas; pero como iman y califa que soy, tengo un deber de justicia que cumplir y dar ejemplo de ella á mis pueblos mientras viva: yo debo imitar al gran califa Oman ben Achitab: así, pues, ni tus lágrimas, ni mi desconsuelo y el de toda nuestra casa pueden librar á mi desgraciado hijo de la pena debida á su crimen.» El infeliz Abdallah también intercedió con su padre pidiéndole por el Señor de la Rosa: «Señor, le dijo, que no padezca un inocente por mi culpa.» Estas fueron las últimas palabras del desgraciado príncipe. Aquella misma noche reci-

(1) Abu Omar ben Afif, en su *yan. Conde*, cap. 83. Historia que perfeccionó Ben Ha-

bió la muerte en su propia habitación, y al siguiente día fué enterrado en el cementerio de la Ruzafa, acompañando sus restos mortales sus mismos hermanos y toda la nobleza de Córdoba. Severidad admirable de un padre, y lastimoso y sensible sacrificio el de un hijo de tan grandes prendas (950).

«Como las desgracias no vienen solas, añade aquí el historiador árabe, poco despues falleció el príncipe Almudhaffar, tío del rey, con grande sentimiento de éste, que le amaba como á padre.» Y bien pudo sentirlo, porque en él perdió el mejor y mas acreditado y temible guerrero del imperio, y sobre todo un príncipe que había sido para él el tipo de la lealtad, de la nobleza y de la generosidad.

Era esto en ocasión que Ordoño III. acababa de suceder á su padre Ramiro en el trono de Leon. Príncipe hábil, valeroso y discreto el tercer Ordoño, hubiera podido dar al reino dias de ventura si desde el principio no se hubiera levantado contra él su hermano Sancho, llamado despues el Gordo, gobernador de Burgos. Tuvo Sancho maña para arrastrar á su partido no solo á su tío García de Navarra, sino también á Fernan Gonzalez, suegro del de Leon, que así correspondió á los deberes de deudo y al juramento de fidelidad prestado á Ramiro en la prisión. De acuerdo el ingrato conde con el desnaturalizado Sancho, entráronse cada uno con su ejército por tierras de Leon para caer simultáneamente sobre la capital. Pero en-

gañáronse en sus cálculos, porque prevenido Ordoño, hallaron los pasos tan cerrados, tan fortificadas las plazas, y tan apercibidas y bien distribuidas las tropas reales, que convencidos de las insuperables dificultades de su empresa tuvieron que desistir y retirarse vergonzosamente á sus casas (252).

Todo el golpe de esta campaña vino á descargar sobre la reina; porque irritado Ordoño de la infidelidad de su suegro, repudió á su hija, buscando en la infecundidad de Urraca motivo ó pretexto para la anulación del matrimonio, pasando despues á contraer segundas nupcias con Elvira, hija del conde de Asturias Gonzalo, de quien tuvo á Bermudo que llegó á reinar mas adelante.

No bien frustrada la tentativa de Sancho, un nuevo movimiento estalló en Galicia que llenó de amargura el corazon todavía lacerado de Ordoño: pero acudiendo prontamente con un ejército respetable logró fácilmente sujetar á los turbulentos, sin que nadie osára mas rebelarse contra el legítimo monarca; el cual viéndose allí con fuerzas imponentes no quiso volver á Leon sin señalarse con alguna empresa contra los mahometanos. Entróse, pues, por tierras de Lusitania, avanzó hasta la embocadura del Tajo, tomó y saqueó á Lisboa, y regresó á Leon victorioso con multitud de despojos y cautivos. Invasión tan atrevida exasperó á los musulmanes, y á su vez penetraron en Castilla, talando tambien y saqueando pueblos desde

San Esteban de Gormaz hasta las puertas de Burgos. La política ó la necesidad habia obligado al conde Fernan Gonzalez á volverse á poner al servicio del rey de Leon, y castellanos y leoneses marcharon ya juntos contra los moros, persiguiéndolos hasta el Duero, y forzándolos á dejar en su poder tiendas, prisioneros y caballos (954). Los historiadores arábigos traducen, no obstante, esta campaña como gloriosa á sus banderas, suponiendo haber arrojado á los cristianos de Setmánica (Simancas) y de otras fortalezas del Duero, llevando sus algaras hasta los montes con gran matanza de infieles y gran presa de despojos, cautivos y ganados. Que así se confunde y oscurece la verdad histórica por el empeño de interpretar cada historiador los sucesos de una misma campaña en favor de las armas de su nacion.

Disponíase Ordoño III. á pelear otra vez en persona contra los sarracenos al año siguiente, cuando la muerte vino á atajar sus pensamientos en lo mejor de sus dias. Falleció, pues, Ordoño en Zamora (agosto de 955) despues de un corto reinado de poco mas de cinco años y medio. Su cuerpo fué trasportado á Leon y sepultado en la iglesia de San Salvador al lado del de su padre Ramiro (1).

Con esto quedó abierto el camino del trono á su hermano Sancho que tan ansiosamente habia mostra-

(1) Samp. Chron.

do codiciarle. Reinó pues Sancho I., y reinó el primer año con sosiego y tranquilidad. Pero al siguiente (956) «dispuso el Dios de las venganzas, dice no sin oportunidad un escritor moderno, que sufriese los mismos trabajos que él había hecho padecer á su hermano, y por los mismos caminos y con resultas todavía mas pesadas.» Y así fué, que el conde Fernan Gonzalez, que parecia ser el instrumento escogido por la Providencia ó para castigar los vicios ó para poner á prueba las virtudes de todos los reyes de Leon; este mismo conde que años antes había sido el alma de las pretensiones de Sancho contra su hermano Ordoño III. concertóse ahora con otro Ordoño, hijo de Alfonso (el monje de Sahagun) para destronar al que antes había favorecido. Fernan Gonzalez había casado á su hija Urraca, la repudiada de Ordoño III., con este otro Ordoño, y entraba en sus intereses colocar otra vez á su hija en el trono de Leon. Esta vez fué el conde de Castilla mas afortunado: logró cohechar las tropas del rey, faltóle á Sancho el apoyo de la fuerza material, y se vió precisado á huir de Leon y buscar un asilo en Pamplona al lado de García su tío, dejando el trono á merced de otro Ordoño, cuarto de su nombre.

No negó el navarro al destronado sobrino la hospitalidad debida al infortunio, mas no se atrevió ó no pudo suministrarle socorros positivos con que pudiese recobrar el perdido trono. Aconsejóle, si, que pasara

á Córdoba á ponerse en manos de los médicos árabes para que le curaran aquella excesiva obesidad á que debió el sobrenombre de Sancho *el Gordo* ó Sancho *el Craso*, con que es conocido en la historia: grosura tal, que le inhabilitaba, dicen, para el manejo de las armas, para montar á caballo y para todo ejercicio militar, que en unos tiempos en que tan necesaria era la actividad personal á los reyes equivalia á imposibilitarle para el gobierno del reino. Decidióse Sancho á hacer el viage, despachó García embajadores al califa cordobés, hizo que acompañaran á su sobrino varios personajes de su corte, entre los cuales afirman algunos haber ido la reina madre, Teuda, abuela de Sancho. Aunque el objeto ostensible de este viage era la curacion del obeso monarca, llevaba ademas el fin político de interesar al califa en su favor por si llegaba la oportunidad de poder reclamar sus derechos al trono: que ya los reyes de Leon y de Navarra no eran aquellos primitivos caudillos de groseros y rudos montañeses, sino príncipes que sabian manejarse con una astucia que hoy llamaríamos diplomacia.

Fué Sancho recibido en Córdoba con aquella cortesania que distinguía á los árabes, y Abderrahman le hizo alojar en su mismo palacio, dándole sus propios médicos para que le asistiesen y trataran. Plácenos ver á dos príncipes de enemigas religiones y pueblos, al uno arrojarle confiadamente en brazos del

otro buscando en él y en sus sabios el remedio á sus males, al otro hospedándole en su propio alcázar y haciendo servir á su bienestar la ciencia de sus doctores, siendo tan admirable la generosa correspondencia del sarraceno como la noble confianza del cristiano. Tuvo Sancho la fortuna y los médicos cordobeses el acierto de corregir su extremada obesidad, y hasta de volverle toda la agilidad y soltura de la juventud ⁽¹⁾. Mas para esto hubo de hacer larga residencia en Córdoba, y en este intervalo se instruía en la lengua de los árabes y en sus costumbres, captábase mañosamente la gracia del califa y del divan mismo, ayudábale también el rey de Navarra con sus manejos, y cuando al cabo de tres años de permanencia trató ya seriamente de los medios de recuperar el usurpado trono encontró tan propicios á Abderrahman y sus principales jeques, que llegaron á poner á su disposición un ejército musulmán. Las crónicas no expresan las condiciones del tratado que debió ajustarse entre el destronado huésped y el poderoso Miramamolín, pero los resultados inducen á creer que fueron harto generosas por parte del califa y nada humillantes para el rey depuesto.

Vió, pues, España por primera vez con asombro ponerse en marcha un ejército agareno conducido por un príncipe cristiano. Empezó este en derechu-

(1) *Crassitudinem ejus abstulerunt a ventre ejus, et ad pristinam levitatis astutiam reductus, etc.* Samp. Cron. l. c.

ra el camino de Leon (959). Ordoño IV. llamado *el Intruso*, y á quien por sus violencias y exacciones apellidaban también *el Malo*, no tuvo valor para esperar las huestes sarracenas, y de noche y á la escapada se refugió á Asturias, donde esperaba con ayuda de algunos parciales mantenerse contra su rival. Continuó Sancho magestuosamente su marcha de ciudad en ciudad, aclamándole las mas como libertador, sujetado con las armas á las que le resistían, que eran las menos, porque el escaso partido que tenía Ordoño el Malo acabó de perderle con su cobarde fuga, y apenas había quien se atreviera á defender su causa. Así llegó Sancho á Leon, donde le esperaban numerosos parciales, y ganada la capital sometióse luego todo el reino de sus mayores.

Ordoño, no considerándose ya seguro en Asturias, pasó con su familia á Burgos; pero allí donde pensaba encontrar mas favor y apoyo, ni siquiera encontró un asilo. El conde Fernán González su suegro, único que hubiera podido protegerle, había salido á defender las tierras de Castilla acometidas por el rey de Navarra, y él y su hijo fueron hechos prisioneros por García en el pueblo de Cirueña (960), y de allí enviados á Pamplona ⁽¹⁾. Los burgaleses, sin dolerse siquiera del infortunio, y sin mostrarse conmovidos de

(1) Moret, Investigaciones, libro II. cap. 10.—Annales. Composé tel. ad ann. 960. Según estos Annales, cuando García vió afianzado ya á su sobrino en el trono de Leon, sacó de la prision al conde y le envió libre á Castilla.